

# Las prioridades del pontificado de Benedicto XVI

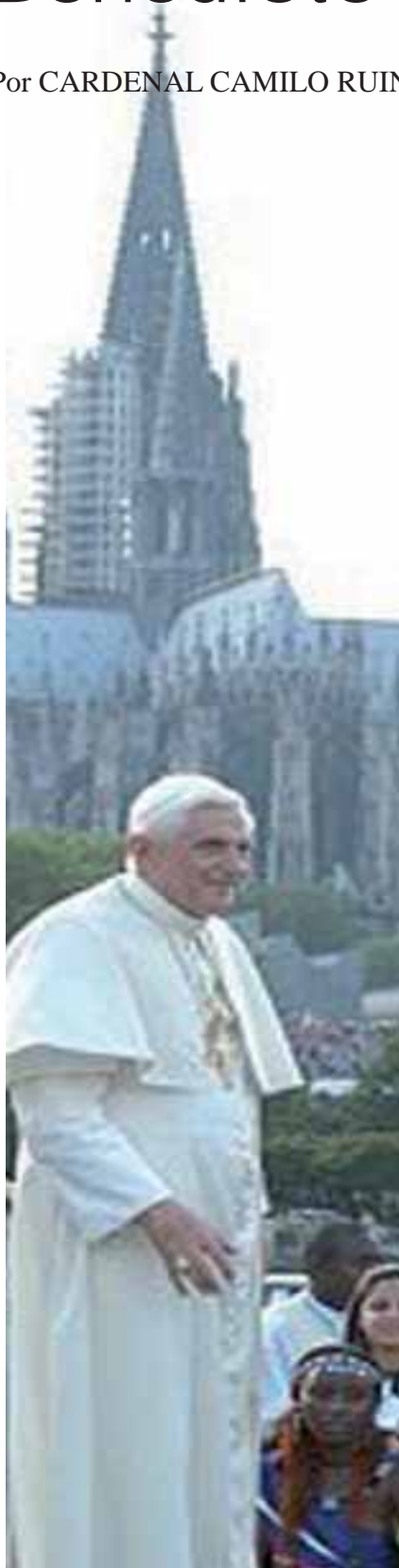
Por CARDENAL CAMILO RUINI

**E**n la homilía de inicio de su pontificado, Benedicto XVI afirmaba que no tenía un programa propio, sino el que nos viene del Señor Jesucristo: éste era un claro reclamo a lo que es esencial en el cristianismo. El nuevo pontificado se ponía además en continuidad sustancial con el de Juan Pablo II, de quien Joseph Ratzinger había sido, para los contenidos decisivos, el colaborador.

En este marco no es difícil identificar algunas prioridades del pontificado de Benedicto XVI.

La primera y mayor prioridad es Dios mismo, ese Dios que con demasiada facilidad es puesto al margen de nuestra vida, orientada al “hacer”, sobre todo mediante la “tecno-ciencia” y al gozar-consumir. Ese Dios, entonces, que está expresamente negado por una “metafísica” evolucionista que reduce todo a la naturaleza, es decir, a la materia-energía, a la casualidad (las mutaciones casuales) y a la necesidad (la selección natural), o que más frecuentemente se lo declara incognoscible en base al principio que afirma que *latet omne verum*, toda verdad está escondida, a causa del horizonte restringido de nuestra razón a lo que es experimentable y calculable, según la línea que hoy prevalece. Ese Dios, por último, de quien se ha proclamado su “muerte”, con la afirmación del nihilismo y con la consiguiente caída de todas las certezas.

El primer esfuerzo del pontificado es entonces reabrir la senda a Dios, pero no haciéndose dictar la agenda por los que no creen en Dios y cuentan solamente con ellos mismos. Al contrario, la iniciativa pertenece a Dios y esta iniciativa tiene un nombre, Jesucristo, en quien Dios se revela de cualquier manera posible a nosotros en la naturaleza y en la conciencia, pero que de



manera directa y personal se ha revelado en Abraham, en Moisés, en los profetas del Antiguo Testamento, y quien de manera inaudita se ha revelado en el Hijo, en la encarnación, cruz y resurrección de Cristo. Hay entonces dos vías, la de nuestra búsqueda de Dios y la de Dios que viene a buscarnos, pero sólo ésta última nos permite conocer el rostro de Dios, su misterio íntimo, su actitud hacia nosotros.

Llegamos así a la segunda prioridad del pontificado: la oración. No sólo la personal, sino también y sobre todo la oración «en el» y «del» pueblo de Dios y cuerpo de Cristo, es decir, la oración litúrgica de la Iglesia.

En el prefacio al primer volumen de sus *Opera omnia*, publicado hace poco en idioma alemán, Benedicto XVI afirma: “La liturgia de la Iglesia ha sido para mí, desde mi infancia, la actividad central de mi vida y se ha convertido también en el centro de mi labor teológica”. Podemos agregar que hoy es el centro de su pontificado.

Llegamos así a un punto controvertido, especialmente luego del *Motu Proprio* que permite el uso de la liturgia preconciliar y todavía más, luego de la remisión de la excomunión de los cuatro obispos lefebvristas. Pero ya anteriormente Joseph Ratzinger había aclarado muy bien este punto. Él ha sido uno de los grandes sustentadores del movimiento litúrgico que preparó el Concilio y uno de los protagonistas del Vaticano II, y siempre se ha mantenido como tal. Pero desde su actuación en la reforma litúrgica en los primeros años posteriores al Concilio, él se había opuesto a la prohibición del uso del Misal de san Pío V, por cuanto visualizaba que ello causaba un sufrimiento innecesario a muchas personas amantes de esa liturgia, además de una ruptura respecto a la praxis precedente de

la Iglesia que, con ocasión de las reformas litúrgicas acontecidas en la historia, no había prohibido la utilización de las liturgias hasta entonces en uso. Por eso el pontífice ha considerado que debía remediar este inconveniente, permitiendo más fácilmente la utilización del rito romano en su forma preconiliar. Lo impulsaba a esto también su deber fundamental de promotor de la unidad de la Iglesia. Se movía además en la línea ya iniciada por Juan Pablo II. En este espíritu, la remisión de la excomunión fue concedida para facilitar el retorno de los lefebvristas, pero no para renunciar a la condición decisiva de este retorno que es la aceptación plena del Concilio Vaticano II, lo cual incluye la validez de la Misa celebrada según el Misal de Pablo VI.

Benedicto XVI ha precisado en forma positiva la interpretación del Vaticano, en su discurso a la Curia romana el 22 de diciembre de 2005, tomando distancias de una “hermenéutica de la ruptura”, la cual tiene dos formas: una que prevalece, en base a la cual el Concilio constituiría una novedad radical y sería importante “el espíritu del Concilio”, más que la letra de sus textos; la otra forma, opuesta, para la cual contaría solamente la tradición anterior al Concilio, respecto a la cual el Concilio habría representado una ruptura densa de consecuencias funestas, como sostienen precisamente los lefebvristas.

Por el contrario, Benedicto XVI propone la “hermenéutica de la reforma”, o sea, de la novedad -sostenida ya por Pablo VI y por Juan Pablo II-: el Concilio constituye una gran novedad, pero en la continuidad de la única tradición católica. Solamente este tipo de hermenéutica es sostenible teológicamente y pastoralmente fructífera.

De este modo hemos focalizado una ulterior prioridad del pontificado: promover el cumplimiento del Concilio, sobre la base de esta hermenéutica.

En la misma perspectiva, podemos hablar de una “prioridad cristológica” o “cristocéntrica” del pontificado. Esa prioridad se expresa en particular en el libro «Jesús de Nazareth», esfuerzo no habitual en un Papa, al que Benedicto XVI dedica “todos los momentos

libres”. En efecto, Jesucristo es la vía hacia el Padre, es la sustancia del cristianismo, es nuestro único Salvador.

Por eso es terriblemente peligroso el distanciamiento entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe, distancia que es fruto de una absolutización unilateral del método histórico-crítico y, más precisamente, de una aplicación de este método sobre la base del supuesto que Dios no actúa en la historia. Ya de por sí, tal supuesto representa de hecho la negación de los Evangelios y del cristianismo. También en este caso se trata de ampliar los espacios de la racionalidad, dando crédito a una razón -abierta y no cerrada- a la presencia de Dios en la historia. Este libro nos pone en contacto con Jesús, con lo cual nos introduce en la sustancia, en la profundidad y novedad del cristianismo, razón por la cual leerlo es un esfuerzo que cansa un poco, pero que compensa abundantemente.

En este punto podemos retornar a la primera prioridad, a Dios, para tomar en consideración el empeño también racional y cultural de Benedicto XVI, a fin de extender la razón contemporánea hasta Dios y hacer espacio a Dios en los comportamientos y en la vida personal y social, pública y privada. Aquí son particularmente importantes el discurso de Ratisbona, el más reciente de París y también el de Verona de 2006.

En cuanto a la razón contemporánea, Benedicto XVI desarrolla una

**En cuanto a  
la razón  
contemporánea,  
Benedicto XVI  
desarrolla una  
“crítica desde  
el interior” de  
la racionalidad  
científico-  
tecnológica,  
la cual ejerce  
hoy un liderazgo  
cultural.**

“crítica desde el interior” de la racionalidad científico-tecnológica, la cual ejerce hoy un liderazgo cultural. La crítica no se refiere a esta racionalidad en sí misma, que tiene un gran valor y grandes méritos, dado que nos hace conocer la naturaleza y a nosotros mismos como jamás ha sido posible antes y nos permite mejorar enormemente las condiciones prácticas de nuestra vida. Por el contrario, se refiere a su absolutización, como si esta racionalidad constituyese el único conocimiento válido de la realidad.

Tal absolutización no proviene de la ciencia como tal, ni de los grandes hombres de ciencia, quienes conocen bien los límites de la ciencia misma, ni siquiera proviene de una “vulgata” hoy muy difundida e influyente, pero que no es la ciencia sino su interpretación filosófica, más que nada vieja y superficial. En efecto, la ciencia debe sus éxitos a la rigurosa limitación metodológica a lo que es experimentable y calculable. Pero si esta limitación se universaliza, aplicándola no sólo a la investigación científica sino a la razón y al conocimiento humano como tal, se torna insostenible e inhumana, dado que nos impediría interrogarnos racionalmente sobre las preguntas decisivas de nuestra vida, las que se refieren al sentido y a la finalidad por los que existimos, la orientación a dar a nuestra existencia, y nos obligaría a confiar la respuesta a estas preguntas solamente a nuestros sentimientos o a opciones arbitrarias, distanciadas de la razón. Quizás es éste el problema más profundo y también el drama de nuestra actual civilización.

Joseph Ratzinger-Benedicto XVI da un paso más, mostrando que la reflexión sobre la estructura misma del conocimiento científico abre el camino hacia Dios.

Una característica fundamental de tal conocimiento es, en efecto, la sinergia entre matemática y experiencia, entre las hipótesis formuladas matemáticamente y su verificación experimental, con lo cual se obtienen los resultados gigantescos y siempre crecientes que la ciencia pone a nuestra disposición. Pero la matemática es un

fruto puro y «abstracto» de nuestra racionalidad, se extiende más allá de todo lo que podemos imaginar y representar sensiblemente. Así sucede en particular en la física cuántica –donde una misma formulación matemática se corresponde con la imagen de una onda y al mismo tiempo de un corpúsculo– y en la teoría de la relatividad, que implica la imagen de la «curvatura» del espacio. La correspondencia entre matemática y estructuras reales del universo, sin la cual no tendríamos nuestras previsiones científicas y las tecnologías no funcionarían, implica entonces que el universo mismo está estructurado en forma racional, de tal forma que existe una correlación profunda entre la razón que está en nosotros y la razón «objetivada» en la naturaleza, o sea intrínseca a la naturaleza misma. Pero debemos preguntarnos cómo es posible esta correlación, con lo cual emerge la hipótesis de una Inteligencia creadora, la que es el origen común de la naturaleza y de nuestra racionalidad. El análisis, no científico sino filosófico, de las condiciones que hacen posible la ciencia nos remite entonces hacia el «Logos», el Verbo del que habla san Juan al comienzo de su Evangelio.

Pero Benedicto XVI no es un racionalista, conoce bien los obstáculos que oscurecen nuestra razón, la «extraña penumbra» en la que vivimos. Por eso, también a nivel filosófico, no propone el razonamiento que hemos visto como una demostración apodíctica, sino como «la mejor hipótesis», que requiere por nuestra parte que «renunciemos a una posición de dominio y a arriesgarnos a alejar a aquélla de la escucha humilde», lo cual es lo contrario de esa actitud hoy tan difundida que se llama «cientificismo».

De la misma manera, no puede ser presentada como «científica» la actitud de reducir al hombre a un producto de la naturaleza, en último análisis homogéneo a las demás cosas, negando esa diferencia cualitativa que caracteriza nuestra inteligencia y nuestra libertad. Una reducción similar constituye en realidad la inversión total del punto de partida de la cultura moderna, que consistía en la reivindicación del sujeto

**... la  
libertad  
personal es  
relativa a las  
otras  
personas y a la  
realidad, es  
libertad no sólo  
“de” sino “con”  
y “para”, es  
libertad  
compartida  
que se  
realiza sólo si  
constituye una  
unidad con la  
responsabilidad.**

humano, de su razón y de su libertad.

Por eso, como ha dicho Benedicto XVI en Verona, justamente la fe cristiana se presenta hoy como el «gran sí» al hombre, a su razón y a su libertad, en un contexto socio-cultural en el que la libertad individual es enfatizada en el plano social como el criterio supremo de toda opción ética y jurídica, en particular en la «ética pública», pero sin negar a la libertad misma como realidad intrínseca en nosotros, es decir, como nuestra capacidad personal de elegir y decidir, más allá de los condicionamientos y automatismos biológicos, psicológicos, ambientales y existenciales.

Justamente otra prioridad del pontificado es el restablecimiento de un genuino concepto de libertad, la última de la que hablaré.

Esta prioridad remite a la vida personal y social, tanto a las estructuras públicas como a los comportamientos personales. Benedicto XVI contesta así a esa ética y a esa concepción del rol del Estado y de su carácter laico que

él mismo ha definido como «dictadura del relativismo», para la cual no existiría nada que sea bueno o malo en sí mismo, objetivamente, sino que todo debería subordinarse a nuestras opciones personales, las que se convierten automáticamente en «derechos de la libertad». Se excluyen así, al menos a nivel público, no sólo las normas éticas del cristianismo y de toda otra tradición religiosa, sino también las indicaciones éticas que se fundan en la naturaleza del hombre, es decir, en la realidad profunda de nuestro ser. Esto constituye una cesura radical, un auténtico corte respecto a la historia de la humanidad, una cesura que aísla al Occidente secularizado del resto del mundo.

En realidad, la libertad personal es intrínsecamente relativa a las otras personas y a la realidad, es libertad no sólo “de” sino “con” y “para”, es libertad compartida que se realiza sólo si constituye una unidad con la responsabilidad. En concreto, Benedicto XVI es a veces acusado de insistir unilateralmente sobre temas antropológicos y bioéticos, como la familia y la vida humana, pero en realidad él insiste análogamente sobre temas sociales y ecológicos (ciertamente sin entregarse a “contaminaciones ideológicas”). Precisamente su tercera encíclica ahora inminente estará dedicada a los temas sociales. La raíz común de esta doble insistencia es el “sí” de Dios al hombre en Jesucristo, y concretamente es la ética cristiana del amor al prójimo, comenzando por los más débiles.

Concluyo volviendo al comienzo. Al hablar en Subiaco el día anterior a la muerte de Juan Pablo II, el cardenal Ratzinger invitaba a todos, también a los hombres de buena voluntad que no se animan a creer, a vivir *veluti si Deus daretur*, como si Dios existiese. Pero al mismo tiempo afirmaba la necesidad de hombres que tengan la mirada orientada hacia Dios, y se comporten en la vida en base a esta mirada. Sólo así Dios podrá volver al mundo. Éste es el sentido y el propósito del actual pontificado.



Tomado de la revista italiana *30 Dias*.